



En la red, las discusiones son horizontales, directas, cruzan las fronteras. (Foto: Life)

Todo lo sólido se desvanece en la red

DAN LERNER

QUEHACER

En las democracias jóvenes, la esfera pública suele ser un espacio impenetrable: los líderes de opinión se han perpetuado en sus puestos, los mecanismos de participación política son escasos y muchas veces esta última es controlada por el Estado o los grandes grupos de poder. Los jóvenes son las principales víctimas, pues son quienes menos experiencia tienen en los gajes de la política. Nuestro país no es la excepción.

La calle, arena ideal para la discusión y el debate políticos, estuvo sembrada de miedo y represión durante muchos años. Los ochenta fueron violentos y duros: las calles, más que un espacio de discusión, se volvieron un terreno de incertidumbre. La crisis económica del primer aprismo la adornó con interminables colas cargadas de frustración y hastío. El terrorismo convirtió la sala de estar en el único terreno en el que se podía departir con cierta tranquilidad, si es que las voladuras de torres no habían dejado sin suministro de luz al hogar.

Los noventa llegaron con enormes promesas de cambio, sobre todo en el campo económico. Sendero había asustado ya a la capital con coches bomba y repetidos apagones. Los toques de queda, que habían comenzado a finales de los ochenta, hacían de las calles espacios desérticos, abandonados, sin movimiento. La izquierda, destrozada por dentro, no podía legitimar su participación pues el estigma del 'pensamiento Gonzalo' la perseguía desde la opinión pública.

Tras diez años de falsa democracia, llenos de corrupción y violencia, el

fujimorismo abandonó el poder en medio de escándalos y protestas comandadas por el naciente sector democrático encabezado mediáticamente por Alejandro Toledo. La Marcha de los Cuatro Suyos fue una demostración de que la participación en las calles, si bien representaba grandes riesgos para quienes la impulsaban (como la muerte, que fue el caso de seis personas), era una herramienta necesaria y hasta efectiva.

DEMOCRACIA EN LA RED

La década del dos mil llegó con muchos cambios. La democracia en el Perú comenzaba a asentarse al mismo tiempo que las nuevas tecnologías, encabezadas por la internet. Quienes nacimos a principios de los noventa comenzamos a entender su utilidad y a descubrir su poder hace unos pocos años. El surgimiento de las redes sociales fue quizá el punto de quiebre para que pudiéramos percibir que nuestro poder en la red no era nada despreciable.

Resulta interesante que el momento en que empezamos a descubrir las poderosas herramientas de la red coincida con su aparición. Es decir: nosotros sabemos manejar las redes, y por tanto nuestro poder en ellas, porque somos contemporáneos. Hemos nacido al mismo tiempo, somos hijos del mismo contexto global. Entonces, somos privilegiados; crecemos y maduramos a la par que los tentáculos de la internet también evolucionan y se instalan en las sociedades. La entendemos más que quienes han tenido que incorporarla a su vida cotidiana de manera artificial.

Por eso nos sentimos más cómodos en los espacios que la red ha creado o que hemos creado en la red. Ahí las reglas de juego son un poco más laxas: los intercambios de ideas parecen ser más directos y horizontales, con la posibilidad de encontrar respuestas casi inmediatas y provenientes de cualquier lugar del mundo. La única condición indispensable es tener un aparato con acceso a la internet. El carácter democratizador de la red ha sido discutido ampliamente y no se ha llegado a una conclusión que genere demasiado consenso, pues si bien el intercambio de posturas es más horizontal, acceder a la posibilidad de manifestar dichas ideas es aún difícil en países pobres como el nuestro.

Sin embargo, sí se puede afirmar que la internet, sobre todo gracias a las redes sociales, ha ampliado el espacio de debate y ha creado una suerte de nueva esfera pública, en la que todos aquellos que tienen acceso a la red pueden participar.

Ahora, ¿el hecho de participar en un nuevo espacio nos convierte también en nuevos actores? Creo que sí. El tener nuevas herramientas ha cambiado el concepto de participación política. Resulta que las calles ahora se han ampliado hasta ocupar espacios invisibles en el mundo virtual. La red no ha reemplazado a las plazas públicas, sino que ha creado una alternativa más cómoda y familiar para la mayoría de sus habitantes: los jóvenes. Y no solo eso. También se ha vuelto una plataforma para impulsar movilizaciones en la vieja arena, la calle, como ha sido el caso de los indignados en Europa o las revueltas del

mundo árabe, movimientos que se vieron enriquecidos por la participación virtual de sus actores.

El hecho de poder difundir imágenes o ideas instantáneamente y hacia todo el mundo es ya una gran diferencia con respecto a la participación política pre-internet. La participación en la calle no trascendía de inmediato las fronteras. Si bien algunos medios podían volver noticia alguna marcha o movilización según su sesgo periodístico, hoy una foto tomada por cualquier transeúnte puede dar la vuelta al mundo en unos minutos. De ahí que sintamos que nuestra participación sí puede terminar siendo crucial y entendamos que formar parte de la esfera pública no solo no es difícil, sino que es efectivo.

DISPARAR TWEETS

En el 2009, *The New Yorker* elogiaba el espíritu libertador de la revolución iraní señalando que los manifestantes habían sustituido las balas por los tweets. La utopía pacifista de los jóvenes sesenteros ahora adquiriría un nuevo cariz. La famosa foto de la joven entregándole una flor a un soldado en los Estados Unidos en plena guerra de Vietnam podría ahora ser reemplazada por la de un joven mandando un tweet con el celular frente a la represión en El Cairo.

La idea de la participación pacífica a través de las redes es interesante porque brinda a los jóvenes cierta tranquilidad para desarrollar sus ideas y propuestas. La razón es clara: ahora enfrentar a la represión ya no es una consecuencia directa



Internet se ha acomodado a la juventud y no al revés. (Foto: Life)

de las críticas al oficialismo o los poderes de facto. Desde la comodidad de la sala podemos contradecir a un presidente o denunciar a un funcionario, siempre y cuando la difusión sea la adecuada, para lo cual hemos desarrollado amplias redes virtuales (blogs, redes sociales, sitios web) que nos permiten acercarnos al objetivo.

Los tweets o posts en el Facebook pueden ser, aunque no letales, igual o más dañinos que las balas. Como toda democracia, la virtual también tiene vacíos y representa ciertos riesgos. El límite de la libertad de expresión es a veces difuso

y la red no es la excepción. De ahí que las redes sociales permitan la publicación y amplia difusión de campañas y comentarios que pueden herir profundamente a las sociedades, o polarizarlas, como sucedió y sucede en el Perú.

Las campañas políticas son polarizadoras por excelencia, y los medios suelen contribuir a que este fenómeno tome fuerza. Lo mismo sucede en la internet. En plena campaña presidencial del 2011, las muestras de racismo, clasismo y conservadurismo por parte de los jóvenes fueron abundantes y tristemente claras. Lo

mismo sucede ahora con la revocatoria de Susana Villarán: quienes han creado grupos en las redes que piden su destitución han llegado a un punto de irracionalidad tal que sus propuestas han devenido en insultos y descalificaciones dignos de ser censurados.

Pero el hecho de que se dé esta suerte de filtraciones antidemocráticas es simplemente parte de las reglas del juego de la red. Más aún, si viéramos el lado positivo, podríamos notar que la posibilidad de que tales opiniones controversiales y dañinas se muestren visibiliza el problema. Racismo, discriminación, homofobia: todos lastres presentes en la sociedad pero no tan abiertamente expuestos como ahora. Hoy podemos observar con claridad esas actitudes, leerlas en los comentarios en el Facebook y, por consiguiente, ubicar la procedencia de los fenómenos que hay que enfrentar.

LA NUEVA ESFERA PÚBLICA O EL TORBELLINO DE LAS IDEAS

Este fenómeno de multiplicación de las opiniones es lo que el periodista Vicente Palacio, de *El País*, llama 'hiper-opinión'. Lo que sucede es que ante la masiva y descontrolada difusión de opiniones e información que permite la red, estas pierden de vista el pilar sobre el cual se construyeron y tienden a ser malinterpretadas y usadas equivocadamente. De este modo, un comentario originalmente bien-intencionado puede terminar utilizándose para un fin absolutamente opuesto al que en un principio se buscaba llegar. La

hiper-opinión genera confusión y hace que la nueva esfera pública esté tan repleta de propuestas e ideas nuevas que estas pueden terminar siendo incomprensibles y contraproducentes.

Podemos entonces concluir que la red en efecto constituye un nuevo espacio de debate, de diálogo y de intercambio de ideas: es una nueva arena de participación política y, por tanto, una nueva manera de concebir la esfera pública. A pesar de que los límites de la libertad de opinión son mucho más difusos en la red, y que esto puede terminar siendo contraproducente, no podemos negar que la participación en la internet es más cómoda para nosotros los jóvenes, que hemos, de algún modo, crecido en la red y no en las calles o en los cafés, donde Habermas percibía que la esfera pública empezaba a construirse.

Marshall Berman, en el capítulo "San Petersburgo" de su libro *Todo lo sólido se desvanece en el aire*, describe cómo por las calles de la entonces capital rusa transita toda la sociedad, cómo se mezclan los ciudadanos y se cruzan en las esquinas, a partir de lo cual ensaya un análisis sobre la composición de la esfera pública rusa. Hoy, si bien las calles siguen siendo un espacio de encuentro y participación, las redes también han tejido caminos en los cuales nos cruzamos muchos, en especial los jóvenes. Sería interesante un análisis al estilo de Berman, en el que ya no describiría las calles y sus habitantes, sino la red y sus actores virtuales, con sus tweets de 140 caracteres y fotos tomadas desde los celulares. ■